



LA UE, A DOS VELAS

Planta de la polémica compañía rusa Gazprom en Siberia



A pocos se les escapa que más allá de las políticas de salón y la pretendida independencia de las naciones respecto a su destino, el futuro global -de grandes y pequeños, de poderosos y pobres, del primer y el tercer mundo- se escribe en clave energética.

No en vano, y para qué ir más atrás, todas las decisiones importantes en el ámbito internacional tomadas en los últimos treinta años: embargos, ocupaciones, declaraciones de guerras, retiradas de embajadores... han tenido mucho más que ver con cuestiones energéticas que con la defensa de los derechos humanos. Tan triste como cierto.

Lo que ocurre en América Latina, la guerra de Irak, la presencia en Afganistán y Pakistán, el temor a las opas sobre las empresas gasísticas o petroleras, o la preocupación europea y al tiempo tolerancia respecto a Rusia, no se entenderían desde un plano ajeno al del poder "del que tiene la llama".

Al final, y lo estamos viendo estas últimas semanas con el conflicto entre Rusia y Ucrania, aquí manda el que tiene la llave del gas. Rusia se ha convertido en el gran abastecedor de los principales países europeos y es muy hábil a la hora de cobrar su precio en forma de no beligerancia de la Unión Europea pese a sus fre-

cuentas desmanes con sus vecinos más díscolos: Bielorrusia, Ucrania... Europa sabía que no se trataba de conflictos bilaterales y que la cuestión le acabaría estallando y helando -energéticamente hablando- su corazón.

La Unión tiene una gran dependencia energética: el 80% de la energía que consume procede de combustibles fósiles (petróleo, gas natural y carbón) que se encuentran fuera del territorio de la Unión. Más del 40% del gas que consume, por ejemplo, procede de Rusia. De seguir así, para el año 2030, la dependencia de estos recursos por parte de Europa se elevará, según las previsiones, hasta el 70%.

Pese a ese riesgo para su independencia colectiva no ha sabido o no ha podido poner en marcha una política energética común o acordar siquiera una política común de suministro. Es cierto que los problemas con el petróleo y esta realidad respecto al gas han llevado a Bruselas a intentar paliar su dependencia volviendo los ojos a la energía nuclear. Pero, y lo sabe, tampoco ésta será la panacea pues la producción de electricidad nuclear está sujeta a condiciones complejas.

Y además, la apuesta no resolverá el problema a corto plazo. A mayores, en este primer semestre del año será la República Checa, uno de los socios más díscolos y euroescépticos del club europeo la que presidirá la Unión Europea. Su primer ministro, Mirek Topolánek, lo tiene claro y así se ha pronunciado ya: sobre todo firmeza ante Rusia.

La solución para el viejo continente está pergeñada, al menos sobre el papel, y pasa por la seguridad en el aprovisionamiento: dada la dependencia energética y los precedentes históricos la Unión debe ser capaz de encontrar respuestas a nivel regional, o incluso mundial, para evitar que una crisis energética o el alza descontrolada de los precios desbarajuste su modelo socio-económico.

Y en este escenario, la armonización de las distintas políticas nacionales es un elemento esencial para hacerse fuerte frente al exterior. Europa debe controlar los costes de la energía que produce, ya que una distorsión en los mismos podría alterar la competitividad relativa dentro de su territorio. Y deberá, por último, impulsar la investigación y el aprovechamiento de la energías renovables porque sólo esa tarta,

multienérgica en cuanto al origen del recurso, alimentará el corazón europeo y no lo dejará en manos de los señores del gas.